

LA ENSEÑANZA HUMANÍSTICA
EN EL SIGLO XVIII EN CANARIAS
A TRAVÉS DE LA BIBLIOTECA
DE ANTONIO TAVIRA

P O R

FRANCISCO SALAS SALGADO

I. El inventario y estudio posterior de los fondos bibliográficos que se localizan en las bibliotecas y archivos, públicos o privados, constituye una línea de investigación sugerente en la que aún queda mucho por hacer. Los resultados que se puedan obtener de esta labor interesan a disciplinas tan diversas como la Historia, la Sociología, la Archivística, la Historia de la Educación, la Filología, etc. Agrupar algunas de ellas y constituir sendos equipos interdisciplinarios que se dediquen a aquella tarea no es aspiración baladí, al contrario, creo que es la mejor manera de entender de una manera global esta cultura del libro. Por lo pronto, pueden servir estos modestos acercamientos —en mi caso desde la parcela de la Filología Clásica, particularmente de la Filología Latina— para determinar, sobre todo, los gustos literarios, las obras más difundidas o la influencia de determinadas corrientes literarias e ideológicas.

Sin embargo, son múltiples, y por demás conocidas, las causas por las que no siempre se puede tener la suerte de manejar (a la par que aprovechar) esos libros que ocupaban dis-

tintos y, a menudo, distantes anaqueles. En esas circunstancias, su rastro podía quedar asegurado en los registros y catálogos que de dichas bibliotecas se llevaron a cabo, algunos de la época, otros más recientes; o, en última instancia, por la apresurada y sucinta mención de ellos en obras de carácter diverso. Por lo que respecta a Canarias hay un gran campo de trabajo, que toca de lleno a la Filología Clásica en general, primero de localización y, posteriormente, de estudio y valoración de las diversas bibliotecas o, en su caso, de los registros de libros que puedan quedar. De algunas de las fuentes —y de otros datos— donde se pueden encontrar referencias a este respecto daba cuenta el historiador M. Lobo Cabrera en uno de los escasos estudios¹ realizados sobre la cultura libresca en las Islas:

De estos aspectos, en lo que respecta a Canarias, nos informa la documentación notarial e inquisitorial. La primera fuente a través de los inventarios *post mortem* y de cartas de compraventa, testamentos, donaciones y deudos nos acerca al conocimiento del libro. Esto nos permite conocer tanto el precio como el autor, cuando se indica, y el título, para de este modo insertar el impreso en el ambiente socioeconómico de la época y poder circunscribirlo a partir de su lectura en un tipo concreto: el lector. Los inventarios a partir del archivo de la Inquisición nos hablan de la calidad de los procesados a través del conocimiento de sus libros, secuestrados como bienes del reo y no como materia acusatoria ante la censura del santo tribunal. Estas fuentes nos convierten el libro en un legado interesante para el estudio de las mentalidades; nos permite captar las lecturas de una élite o de una sociedad entera. Los tratadistas del tema señalan que el historiador del libro debe ponderar las dominantes culturales².

Sin embargo, esta lista, como es lógico suponer, puede verse incrementada, sobre todo si se tiene en cuenta que la actividad cultural, monopolizada en principio por las órdenes eclesiásticas, se extendió poco a poco a las clases pudientes, más

¹ M. LOBO CABRERA, «Libros y lectores en Canarias en el siglo XVI», *Anuario de Estudios Atlánticos*, 28 (1982), pp. 643-702.

² M. LOBO CABRERA, *art. cit.*, pp. 1-2.

permeables a corrientes externas, algunas de contenido herético, todo lo cual propició la creación de nuevos fondos. En este sentido, conocida y renombrada es la biblioteca del marqués de Villanueva del Prado de la que se han publicado los fondos castellano y francés, pero un paciente rastreo seguramente permitiría la localización de otros tesoros bibliográficos³.

II. Pues bien esta tarea, que se encuentra por hacer, se torna fundamental aquí, en el terreno que me propongo examinar, el Humanismo⁴, ya que la dilación de este movimiento cultural, cuya meta principal era la recuperación de los clásicos grecolatinos y que cronológicamente estaba mayormente vinculado con la época del Renacimiento, tiene mucho que ver con la educación y con los manuales y lecturas que se utilizaban para impartición de las clases de Gramática, que es como se conocía entonces la enseñanza del latín.

Pretendo ocuparme en las páginas que siguen de la biblioteca del que fuera obispo de Canarias y corifeo del jansenismo en España, Antonio Tavira y Almazán. El catálogo de la misma ha sido publicado, con enjundioso estudio preliminar, por el que también fuera obispo de Canarias y actualmente de Córdoba, José Antonio Infantes Florido⁵, tomando como punto de partida el inventario que realizara Tavira antes de su consagración como obispo de las Islas⁶. Tal inventario era un

³ A título de ejemplo, puedo mencionar los diversos inventarios de libros que se encuentran en la Sala de Canarias de la Biblioteca de la Universidad de La Laguna en *Catálogo de la Biblioteca del Cabildo Catedral de La Laguna*, Carpeta 3.

⁴ Sobre esta parcela de investigación y su aplicación a Canarias, puede verse F. SALAS SALGADO, *Humanistas canarios de los siglos XVI a XIX*. Tomo I. *Contexto histórico-literario*. Tomo II. *Catálogo biobibliográfico*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de La Laguna, 1999.

⁵ J. A. INFANTES FLORIDO, *Crisis religiosa e Ilustración. Un horizonte desde la biblioteca de Tavira: ventanal sobre la Iglesia del siglo XVIII*, El Museo Canario, Las Palmas de Gran Canaria, 1981.

⁶ Su título en extenso es *Inventario de los Vienes caudales y efectos pertenecientes al Illmo Sr. Dn. Ant.º Tavira obispo electo de Canaria y su Diócesis. Practicado en esta C.ª de Madrid, y aprobado por la Colecturía Genl. de Espolio*, Leg. 4. Biblioteca de El Museo Canario de Las Palmas. Datos que tomo de J. A. INFANTES FLORIDO, *op. cit.*, p. 18.

requisito obligado, puesto que todo obispo al ocupar una sede se convertía «en administrador nato de los intereses diocesanos con cargas eclesiásticas públicas, además de la parte personal o de libre disposición a que tenía derecho»⁷. La tasa de los libros de Tavira fue realizada por Juan Esparza, librero de la Puerta del Sol, quien elaboró un registro de los mismos por orden alfabético. Sin embargo, como se puede comprobar en el estudio publicado por J. A. Infantes Florido, los títulos muchas veces están incompletos, cuando no erróneamente escritos, por lo que pudo suceder que dicho inventario se trate de un dictado del propio Esparza a algún copista⁸. La descripción de los libros es la normal con mención de autor, título, lugar de edición, imprenta, año, tamaño del volumen, encuadernación y coste. La labor de J. A. Infantes Florido ha sido más meritoria en tanto que ofrece a pie de página una descripción más exacta de los autores y obras de la biblioteca de Tavira, si bien algunas descripciones no corresponden exactamente con la fecha de edición que registraba Esparza.

Se comprende que el interés de esta biblioteca no sólo estriba en que a través de ella se puede acceder a la forma de pensar del prelado y conocer además sus gustos en materia de lectura, sino que la misma trasciende este marco tan particular y nos permite llegar a la propia estética de la época ilustrada. Sin embargo, su importancia fue mayor de lo que se supone, ya que sirvió de sostén para las bibliotecas de dos

⁷ J. A. INFANTES FLORIDO, *op. cit.*, p. 18.

⁸ De ello también da cuenta J. A. INFANTES FLORIDO, *op. cit.*, p. 19. Así dice: «La reseña bibliográfica del Inventario debió hacerse dictando Esparza al amanuense desde la estantería respectiva, por lo que muchos datos no están correctamente expresados, observándose deformaciones gramaticales en los títulos, especialmente de obras extranjeras. También existe falta de rigor alfabético, con lo que determinadas ediciones ocupan el sitio que no les corresponde. Además, hay frecuentes omisiones, relativas a veces al nombre del autor —aun no tratándose de escrito anónimo— el año o lugar de impresión, o al tamaño del libro, y hasta el precio. Como es lógico, estas lagunas y deficiencias han supuesto dificultades a la hora de identificarlas. El cometido confiado a Esparza se lleva a cabo en cuatro sesiones, durante los días 22, 23, 25 y 26 de agosto de ese año de 1791. El valor global que asigna a esta biblioteca es de 67.715 reales de vellón. Una suma notable, dada la estrechez económica y el estilo ascético del obispo».

centros de enseñanza de vital importancia en la formación académica de las Islas: el Seminario Conciliar de Canarias⁹ (fundado en 1777 en Las Palmas de Gran Canaria) y la Universidad de San Fernando de La Laguna¹⁰. Y sin más preámbulos, empecemos por hacer ver cuáles fueron los instrumentos que pudieron utilizar maestros y alumnos en relación con los *studia humaniora*, los estudios de las lenguas clásicas; y por establecer las oportunas relaciones dentro del propio contexto cultural que para la enseñanza de la Latinidad marcaba el siglo XVIII.

III. Una primera cuestión que se pudiera plantear es si existe posibilidad de saber —o en el peor de los casos, medianamente atisbar— el interés que tenía Tavira por el conoci-

⁹ Cf. A. HERNÁNDEZ CORRALES, *El Seminario Conciliar del Archipiélago canario*, Barcelona, 1999. Este estudio ofrece en pp. 422-427, concretamente en el *Documento núm. 7h*, la «Relación de volúmenes dados por el Ilmo. Sr. Antonio Tavira y Almazán». El acto de entrega por parte de Tavira de estos libros se formalizó en escritura pública ante el escribano Bernardino Tapia en el «Puerto y Plaza de Santa Cruz de Tenerife a veinte y seis de Abril de 1796». Como dato complementario apunto que en la descripción de cada libro que realiza J. A. Infantes Florido se señala, asimismo, si ese volumen fue donado por Tavira al Seminario Conciliar.

¹⁰ El legado del obispo Tavira a la Universidad de La Laguna consistió en 24 obras en 167 volúmenes a través de una escritura pública que otorgó el obispo, también en Santa Cruz de Tenerife, ante el escribano Tapia, a 28 de abril de 1796, dos días después de la donación efectuada al Seminario Conciliar de Las Palmas. Dicho legado se conoce por la copia que José Rodríguez Moure dejó a la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife. Una copia del mismo (amén de los datos que he apuntado) la reproduce M. G. MARTÍNEZ, *La Biblioteca de la Universidad de La Laguna*, Aula de Cultura de Tenerife, Santa Cruz de Tenerife, 1969, p. 7. A través de él se comprueba cómo entre los libros ofrecidos por Tavira se encuentran las obras de Aristóteles, de Cicerón, de Jerónimo e Isidoro; asimismo, están un *Corpus omnium poetarum Latinorum*, las obras de Tomás de Aquino y algunas otras, escritas en latín, sobre Teología o Derecho. Esta biblioteca tiene, además, un interés que trasciende su propio contenido, ya que como se verá, muchas obras fueron apreciadas en su época y ya hoy son raras. Aunque no se debe olvidar que, en el fondo, este legado tiene una clara significación, como ya bien sugiriera M. G. MARTÍNEZ (*op. cit.*, p. 8) al señalar que «la selección de obras dejadas a la Universidad muestran el sentido humanista que quiso imprimirle».

miento de las lenguas clásicas, hecho que puede servir para entender desde ahora su potencial disposición por adquirir buenos libros en estas materias. Tal interrogante queda plenamente clarificado en sendos informes que constan realizados por el propio obispo. El primero de ellos es el *Plan que para la reforma de la Universidad de Salamanca escribió el doctor Tavira por orden del Ilmo. Señor don Pedro Rodríguez Campomanes, fiscal de la Cámara. En Madrid, a 28 de julio de 1767*¹¹. Aquí trata, primero y con preferencia, de las *causas* que considera objeto de corrupción de la universidad. Para el caso que aquí me ocupa, incide especialmente en las dificultades que existen en los grados de artes, donde el que optaba al cargo no había estudiado ni siquiera los rudimentos de gramática (apartado 18) y en el total abandono de las lenguas griega, hebrea y árabe, y preferentemente la latina (apartado 22). Sin embargo, más interesantes son los *medios* para reformar la universidad, que dispone en 30 apartados. En concreto, con referencia a la enseñanza de las «buenas letras» sugiere, en primer lugar, que los estudios públicos en los pueblos, tanto de Gramática como de Artes, se moderen, y se permitan sólo en aquellos que estén distantes de la capital (apartado 10), donde sí sería necesario el concurso de maestros hábiles. Pero, principalmente, es el apartado 21 el que ofrece más detalles:

Sin el estudio de lo que llaman buenas letras en toda su extensión y que abraza la gramática, la retórica y todo lo que tenemos de los autores profanos en sus tres clases, de oradores, poetas y filósofos, no se pueden esperar algunos progresos en los estudios. Con este estudio se fortifica la razón, se forma el buen gusto, se pulen los ingenios y se perfecciona el juicio. Sin él, todo es árido, todo es inculto, todo desagradable y todo inútil. Los juristas que llegan a encanecer entre los antiguos textos del derecho romano, ¿qué podrán saber fundamentalmente en

¹¹ Reproduce este plan, localizado en la Biblioteca Nacional de Madrid (ms. 20245), J. SAUGNIEUX, *La ilustración cristiana española. Escritos de Antonio Tavira (1737-1807)*, Ediciones Universidad de Salamanca, Centro de Estudios del Siglo XVIII, Universidad de Oviedo, Salamanca, 1986, pp. 113-119.

este estudio que juzgan tan útil y que le estudian de por vida, ignorando todo lo perteneciente a la filosofía de los griegos, cuyos dogmas siguieron los antiguos jurisconsultos? ¿Cómo podrán hablar del derecho de una república, en cuyas antigüedades no han empleado el menor tiempo, ni aún saben los autores de dónde han de tomarse estas noticias; y aun cuando conociesen esta necesidad, ¿cómo hará uso de estos autores quien no entiende otro lenguaje que el de las sesiones del concilio y las lecciones del breviario? Esto es lo que pide hoy en nuestros estudios remedio más urgente. Siglo y medio ha habido que sólo algunos españoles muy raros han escrito tolerablemente, sin embargo de que han escrito innumerables, y no podemos atribuir esta falta sino al abandono de estos estudios que empezó con el siglo último y se puede señalar como época de nuestra ignorancia. Deberá formarse un método exactísimo, que abrace todas las cátedras de buenas letras, práctico, porque muchos de los métodos modernos que hablan en esto amontonan mucho y hacen este estudio impracticable en las aulas, debiendo advertir que mucha parte de este estudio, que en los más que se dedican a él es medio para otros, se debe dejar para la aplicación privada de cada uno, que deberá acompañar por muchos años o por toda la vida al que se haga en otras facultades. Es pésimo el método que los estatutos de Salamanca previenen y bastará para persuadirse de ello saber que los autores que más recomiendan en las cátedras de humanidad son Valerio Máximo y Laurencio Valla¹².

Huelga hacer algún comentario sobre estos párrafos. A la vista está la natural disposición del prelado hacia el estudio de la gramática y de la retórica, materias indispensables para poder acceder a las otras disciplinas que eran objeto de mejor atención en aquellos momentos, reclamando al tiempo una adecuada metodología que prevenga de dislates e infortunios. Y sobre este último aspecto vuelve a incidir en otro documento, éste ya relacionado con los estudios de Latinidad en las Islas. El título del mismo es *Papel sobre los defectos del método actual de aprehender la lengua latina*¹³ dado en La La-

¹² En J. SAUGNIEUX, *op. cit.*, pp. 118-119.

¹³ Se localiza en el Museo Canario de Las Palmas, *Biblioteca Luis Maffiote*, en un ms. copia del original que tiene dos foliaciones: ff.1-87 con

guna a 17 de enero de 1796. A través de él se puede descubrir la inclinación del obispo hacia estos estudios, cuyos progresos estima pocos, debido a «ciertas prácticas que se han ido introduciendo y se han admitido sin examen ni reflexión». Relaciona, especialmente, una serie de hábitos que ha redundado en el deterioro de la enseñanza del latín, en concreto la obligación de hacer aprender de memoria un crecido número de reglas y la conocida práctica de la *compositio*, donde los estudiantes, como el propio Tavira observa, vierten «en mal latín lo que tal vez se les da en no mejor castellano», recomendando para subsanar semejantes males el plan propuesto para los Reales Estudios de la Corte. Esta propensión hacia la lengua latina¹⁴, considerada imprescindible desde el Renacimiento, es buena muestra de la vigencia que todavía tenía la misma en la época ilustrada¹⁵, lo cual es posible causa de que en la biblioteca de Tavira existan muchas obras en aquella len-

índice entre 84v-87r.; y ff. 1-82 con índice entre 81v-82v. Las medidas del ms. son 150 x 105 mm. El texto en cuestión se halla dentro de la primera foliación, en ff. 47r-50v. También lo transcribe J. SAUGNIEUX, *op. cit.*, p. 123, por donde cito.

¹⁴ J. A. Infantes Florido se refiere a la sólida formación que tenía el obispo Tavira, la cual éste deseaba para sus fámulos, puesto que les permitía, entre otras cosas, leer los libros sagrados directamente. Así comenta (cf. *op. cit.*, p. 72): «Su magnífica preparación le distingue con gran prestigio en todos los ambientes; se le valora como erudito y experto en esa materia y alcanza merecida fama a nivel universitario. Vive un momento semejante al suscitado en España por la creación de la Universidad de Alcalá, hacia donde vuelve con frecuencia los ojos. Cisneros promueve el resurgimiento de la ciencia bíblica, lo que lleva consigo sus exigencias respecto de las lenguas antiguas, estando convencido, además, de que el conocimiento de éstas es "elemento indispensable de una cultura teológica completa". Éste es el espíritu que anima a Tavira. Quiere descifrar los viejos textos en la misma cuna de la revelación, leerlos con lupa de filólogo, reintegrarlos en toda su pureza, para su propio perfeccionamiento espiritual y para mejor difundir el mensaje divino».

¹⁵ En ello incide A. DOMÍNGUEZ ORTIZ (*Carlos III y la España de la Ilustración*, Alianza Editorial, Madrid, 1989, p. 164) cuyas palabras son concluyentes: «En el contenido de las enseñanzas universitarias subsistían, ya en plena Ilustración, vacíos enormes. El latín se estudiaba a fondo porque seguía siendo instrumento universal de cultura, muy pocos estudiaban el griego, y menos aún el hebreo».

gua, y también, aunque en menor medida, en lengua griega. Algo sobre esto se señala en el trabajo de J. A. Infantes Florido, en un apartado que titula «Bajo el talud humanístico»¹⁶, destacándose la vocación humanista del obispo, su formación en este sentido y la abundante presencia de los clásicos grecolatinos. Es evidente que, dado el objetivo propuesto, no se toquen en las páginas que siguen todas las obras escritas en latín sobre diversas materias, Teología, Filosofía, científicas, etc., las cuales vienen a sancionar el hecho de que, a pesar de las voces que reclamaban el castellano para este tipo de producciones, la lengua del Lacio continuaba siendo ineludible.

IV. No deja de causar sorpresa que sea en el apartado de las ediciones de textos, tanto griegos como latinos¹⁷, en el que abunde la biblioteca de Tavira. Por lo general son ediciones de un solo autor, aunque hay algunas que agrupan a varios escritores, especialmente las que tratan algún género literario concreto. Ciertas ediciones van acompañadas de comentarios y, en pocos casos, encontramos *selecta opera*, que a manera de florilegios ofrecen fragmentos en prosa o en verso de autores que no necesariamente han escrito en el mismo género y ni siquiera pertenecen a una misma época.

El hecho de que existan algunas ediciones de *autores griegos* puede llevar a considerar que en ese momento se había superado la animadversión de tiempos pasados hacia las obras escritas en esta lengua, derivada aquélla de motivos ajenos a los propios textos. Conocida es la leyenda *graecum est, non legitur*, que colocada encima de las obras escritas en esta lengua, condenaba a las mismas a un silencio postrero que pocos se atrevían a romper: la inmediata sospecha de herejía provocaba el inmediato recelo hacia una lengua considerada

¹⁶ J. A. INFANTES FLORIDO, *op. cit.*, pp. 118-119.

¹⁷ Aclaro que respeto la ortografía original de los textos en latín, cuando cito por la relación de Esparza o por la descripción de J. A. Infantes Florido. Cuando menciono las diferentes obras señalo el lugar de edición de las mismas, normalmente en latín, junto al número que le corresponde en el inventario de J. A. Infantes Florido.

arcana. A pesar de que hubo buenos conocedores de esta lengua en el Renacimiento¹⁸ «[...] la Ilustración española —en palabras de Luis Gil— da un giro radical a la valoración del griego como instrumento de cultura»¹⁹.

Sin embargo, la mayor parte de obras de autores griegos que contiene la biblioteca de Tavira ofrece además el texto en latín, con lo cual seguramente seguían siendo pocas las personas que podían leer entonces directamente de aquella lengua. La lista no es excesiva. Coincide, sobre todo, con autores que tuvieron cierto aprecio y transcendencia. Nos encontramos así con Homero y Hesíodo, cuyas epopeyas permitían el acercamiento al entramado mítico griego²⁰. Del primero hay dos ediciones, una por lo que parece sólo en griego (*opera graece*), con notas de Eustacio²¹ (Basileae, 1559²², núm. 430), y otra en grie-

¹⁸ Cf. L. GIL, *Panorama social del humanismo español (1500-1800)*, Alhambra, Madrid, 1981, p. 213.

¹⁹ L. GIL, *op. cit.*, p. 221.

²⁰ Ya desde el siglo XV, Homero era considerado como el representante máximo de la literatura de la edad antigua, convirtiéndose así en modelo a seguir, tanto en el plano ético, como en el filosófico, retórico, estético y literario. Por su parte, Hesíodo era autor de dos obras cuya intención, como indica E. R. CURTIUS (*Literatura europea y Edad Media latina*, trad. de M. Frenk Alatorre y A. Alatorre, vol. I, FCE, 1984, Madrid, p. 291) «fue anunciar la verdad». Su *Teogonía* tiene como principal virtud ofrecer una explicación divina del orden del mundo; su otra obra, *Trabajos y días*, es un poema de carácter más didáctico, donde el autor expone la necesidad del trabajo como medio legítimo para evitar el hambre y la miseria; al mismo tiempo da consejos de contenido social y proporciona un calendario para obtener el máximo provecho de la tierra.

²¹ Filólogo bizantino del siglo XII que empleó fuentes actualmente desconocidas para la redacción de sus voluminosos comentarios a Homero y Píndaro. Cf. W. KROLL, *Historia de la Filología Clásica*, traducida y ampliada por P. Galindo Romero, Editorial Labor, Barcelona, 1928, p. 88. Algo más apuntan L. D. REYNOLDS y N. G. WILSON (*Copistas y filólogos. Las vías de transmisión de las literaturas griega y latina*, trad. de M. Sánchez Mariana, Gredos, Madrid, 1986, pp. 96-97) quienes inciden en lo abultado de estos comentarios de Estacio (por otro lado compilaciones y con poca contribución personal del autor). A título de ejemplo, el que realizó de la *Ilíada* llena alrededor de 1.400 grandes páginas de texto impreso en la edición de Leipzig de 1827-1830.

²² La rareza de esta edición queda explicada por J. Ch. BRUNET, *Manuel du Libraire et de l'amateur de livres*, t. III, Paris, 1862, col. 278: «La

go y latín en una edición del siglo XVIII (*opera omnia quae extant graece et lat. curante Jo. Henr. Lederlino, Patavii, 1762*²³, núm. 429). La edición de Hesíodo *cum notis Cornelii Schrevelii* (Lugduni, 1650²⁴, núm. 419), aunque no se dice en la relación, debía seguramente estar también en versión latina.

No faltan tampoco Platón, en edición Aldina (in Aesib [=aedibus] Aldi et Andreae, Venetiae, 1513²⁵, núm. 698), y Aristóteles, éste completo en griego y latín (*veterum ac recentiorum interpretum, ut Adriani Turuebi, Isaaci Casauboni, Julii Paci studio emendatissima, Lutetiae Parisiorum, 1619*²⁶, núm. 65). Cabe recordar que las obras de ambos eran tenidas en gran consideración, el primero porque tocaba algunos temas de doctrina moral como la justicia y la felicidad de interés para los humanistas, y el segundo por su *auctoritas*, adoptada en la Edad Media en la enseñanza escolástica. Están

grande rareté de l'edition précédente donne quelque valeur à celle-ci, dont l'index est beaucoup trop réduit, mais qui est d'ailleurs assez belle [...] Je donne cette description, a fin qu'on ne confunde pas avec le grand commentaire d'Eustathe l'abrégé intitulé: *Copiae cornu, sive oceanus enarrationum homericarum*, qu'en a donné Hadr. Junius, également à Bâle, chez Jer. Froben et Nic. Episcopius, 1558 [...].

²³ Según J. Ch. BRUNET (*Manuel...*, t. III, Paris, 1862, col. 273) se trata de una «jolie édition, supérieure pour l'exactitude à celle de 1743: on y a suivi le texte d'Estienne». La edición de Estienne a que se refiere es de 1528.

²⁴ Al parecer es edición que tuvo una importancia relativa, según asegura J. Ch. BRUNET, *Manuel...*, t. III, Paris, 1862, col. 141: «On fait peu de cas de cette édition [...] Réimpr. dans la même ville en 1653, pet. in-8., et aussi *cum Lamb. Barlæi in Theogoniam commentario*, Amst., Elzevirii, 1657, pet. in-8, de 341 et 259 pp.; et avec un nouveau tire, Lugd.-Bataavorum, Hackius, 1658».

²⁵ Se trata de la primera edición de este filósofo. Otros datos refiere J. Ch. BRUNET, *Manuel...*, t. IV, Paris, 1863, col. 694: «[...] l'une des plus importantes productions des presses aldines: elle est due aux soins réunis de Marco Masuro et d'Alde. Les exemplaires n'en sont pas très-rares, mais, comme on les recherche beaucoup, ils ont une assez grande valeur, surtout lors qu'ils sont grands de marges et bien conservés».

²⁶ La referencia de J. Ch. BRUNET (*Manuel...*, t. I, Paris, 1860, col. 459) precisa que se trata de una edición «assez estimée, et que on trouve rarement bien conditionnée, quoique autrement elle soit commune; elle a été faite sur celle d'Is. Casaubon [...]». La edición de Casaubon aludida es de 1597 (Genevae, seu Lugduni, apud Guil. Læmarium).

asimismo las *Orationes et epistolae* de Isócrates (*cum Latina interpetatione Hieronymi vvolveii [=Wolfii]*²⁷, s.l., 1613²⁸, núm. 460), autor cuya lectura pudo servir de ayuda en la formación oratoria de los clérigos, pues, como señala A. Lesky²⁹, sus discursos de carácter epidíctico tenían como fin el ser pronunciados en los tribunales y en la asamblea popular.

De época helenística tenemos los *Idilios* de Teócrito (editados con otros fragmentos *aliorum poetarum* por Henricus Stephanus³⁰, s.l., 1579³¹, núm. 843), cuya influencia en la poesía bucólica latina y posterior es indudable³²; y Flavio Josefo —ya no pesaría sobre éste la severa censura inquisitorial³³—

²⁷ Hieronymus Wolf fue discípulo de Joachim Camerarius y de Felipe Melanchton. Su fama se debe a la edición y traducción de los oradores áticos, Isócrates y Demóstenes, cuya edición definitiva apareció en 1572 en seis volúmenes con escolios y notas. Tomo estos datos de R. PFEIFFER, *Historia de la Filología Clásica. De 1300 a 1850*, trad. de J. Vicuña y M^a. R. Lafuente, t. II, Gredos, Madrid, p. 236.

²⁸ Consta en J. Ch. BRUNET (*Manuel...*, t. III, Paris, 1862, col. 467) una edición de 1593. De ella dice lo siguiente: «L'edition d'Isocrate, donnée par Wolf, qui a servi de base à celle-ci, est celle de Balé, ex officina oporiniana, 1570, in-fol.; la troisième, la meilleure et la plus complète que l'on doive à ce savant: les *Annotationes* forment une partie à part, contenant 4 ff. prélim., 846 pp. et 16 ff. d'index».

²⁹ A. LESKY, *Historia de la literatura griega*, Gredos, Madrid, 1982, pp. 615 y 618.

³⁰ Henri Estienne fue el mayor de los nueve hijos de Robert Estienne. Buen conocedor de la lengua griega, realizó varias ediciones de poetas líricos. Se sabe que la primera colección de fragmentos de estos poetas es de 1560; y la tercera, y definitiva, apareció en 1586. Cf. R. PFEIFFER, *Historia...*, p. 188.

³¹ Las particularidades de esta edición las describe de esta manera J. Ch. BRUNET, *Manuel...*, t. V, Paris, 1864, col. 782: «Édition assez recherchée, où se trouvent les poésies de Moschus, Bion et Simias. C'est une réimpression améliorée du texte de H. Estienne, qui fait partie des *Poetae graeci principes*, édition de 1566».

³² Cf., al respecto, G. ROSENMEYER, *The Greek Cabinet. Theocritus and the European Pastoral Lyric*, Berkeley, 1969.

³³ Efectivamente, fue éste un autor prohibido desde el año 1556, e incluido en el llamado índice de Valdés (*Catalogus librorum qui prohibentur...*, Pinciae, 1559). Cf. V. PINTO CRESPO, *Inquisición y control ideológico en la España del siglo XVI*, Taurus, Madrid, 1983, pp. 166-167 y 173-177. A pesar de ello no cayó en el olvido, pues consta que el propio Pedro Simón Abril,

en griego y en latín (Oxonii, 1720³⁴, núm. 340), anotado por John Hudson, sucesor como bibliotecario de la Bodleiana de Oxford de Thomas Hyde y a quien se deben otras ediciones de clásicos.

De época imperial se encuentran Luciano de Samosata en versión latina (*Johannes Benedictus, Medicinae Doctor e(t) in Salmuriensi Academia Regia linguae Graecae Professor, ex antiquis libris, locorumque sensu emendavit, Latinam versionem ita recognovit...*, Salmurii, 1619³⁵, núm. 523) autor que ha merecido opiniones divergentes entre los humanistas españoles³⁶; y Diógenes Laercio (*De vitis, dogmatis, et apophthegmatis clarorum philosophorum libri X*) editado junto a otros fragmentos, y con anotaciones de Isaac Casaubon³⁷ para el libro de Dió-

en el siglo XVI, sugiere la inclusión de Josefo entre los historiadores griegos que se podían utilizar en la enseñanza de las escuelas (cf. J. LÓPEZ RUEDA, *Helenistas españoles del siglo XVI*, CSIC, Instituto "Antonio de Nebrija", Madrid, 1973, p. 247) y en el siglo XVIII hará lo mismo Casimiro Flórez Canseco (cf. C. HERNANDO, *Helenismo e Ilustración [El griego en el siglo XVIII español]*, FUE, Madrid, 1975, p. 108). Se deduce de ello que la obra de Flavio Josefo fue a la par en importancia que la de los grandes historiadores paganos. Cf. para más información, A. MOMIGLIANO, «The Place of Ancient Historiography in Modern Historiography», *Les études classiques aux XIX^e et XX^e siècles: leur place dans l'histoire des idées*, Vandoeuvres-Ginebra, 1980, p. 128.

³⁴ Esta edición es considerada más bella y correcta que la de Haverkamp (Amstelod., Lugduni-Batav. et Ultrajecti, 1726, 2 vol., en fol.). Cf. J. Ch. BRUNET, *Manuel...*, t. III, Paris, 1862, col. 569.

³⁵ J. Ch. BRUNET (*Manuel...*, t. III, Paris, 1862, col. 1207) sólo destaca lo correcto de la misma.

³⁶ Cf. A. Vives Coll, «Luciano de Samosata enjuiciado por españoles 1500-1700», en *Actas del III Congreso Español de Estudios Clásicos*, t. II, Madrid, 1968, pp. 186-191. Es de notar que los dos momentos más importantes de la pervivencia de Luciano en Occidente se dieron en el Renacimiento y en la Ilustración. En el primero de los casos, por su relación con la corriente erasmista; en el segundo, por la admiración entre otros de figuras como J. Swift o Voltaire. Para la pervivencia de este autor, véase también G. ROBINSON, *Lucian an his Influence in Europe*, London, 1979.

³⁷ Se ha de observar que la labor filológica de Casaubon atendió a la realización de comentarios, ya que no era gramático ni crítico, ni por ello editor de textos. Sus comentarios los reprodujo todos Mark Pattison. Tomo estos datos de R. PFEIFFER, *Historia...*, p. 206.

genes (Coloniae, 1616³⁸, núm. 279). Completan esta breve lista unos *Poetae minores Graeci* (Hesiodo, Teócrito, Mosco ...) donde se añadían *observationes Radulphi Wintertoni in Hesiodum* (Cantabrigiae, 1684³⁹, núm. 707).

La aportación jesuítica, expresión del renacer de los estudios helénicos en la Compañía en el siglo XVIII⁴⁰, queda manifiesta en unos *Opuscula Graeca ad usum Seminarii Villagarsiensis* (Villagarsiae, 1761, núm. 634) que comprenden: I. *Aesopi Fabulae*; II. *Anacreontis odae*; III. *Epistola M. Basili*; IV. *Homeri Batrachomyomachia*; y V. *Demosthenis Philippica*.

Las ediciones de *autores latinos* están en mayor número, seguramente porque éstos eran objeto evidente de estudio y comentario en las clases de Gramática. La serie de los mismos no se limita, como ocurría con los griegos, a los autores más conocidos, o que se ajustaban a las preferencias de su poseedor; es más, los autores latinos que se consideraban imprescindibles en la enseñanza están todos.

En la parte de prosa encontramos las obras de Cicerón, autor considerado ya en tiempos de Petrarca y de los humanistas del siglo XV como *magister vitae*, cuya lección cívica dejó

³⁸ Edición que parte de otra realizada en 1593, la cual a su vez es reimpresión, con nuevas notas y aumentada, de la edición de 1579 con notas de H. Estienne (*cum versione latina Ambr. Traversarii*). Cf. J. Ch. BRUNET, *Manuel...*, t. II, Paris, 1861, col. 719.

³⁹ J. Ch. BRUNET (*Manuel...*, t. IV, Paris, 1863, cols. 759-760) considera que «cette édition, faite sur celle de Cambridge, 1635, passe pour l'une des belles productions des presses de cette ville».

⁴⁰ Así lo manifiesta L. GIL, *op. cit.*, p. 222: «En Villagarcía de Campos, donde el P. Isla escribió su terrible requisitoria contra la incultura de su época, se sentía quizá con mayor intensidad que en parte alguna la urgencia de una reforma. Alma de la renovación de los Estudios de dicha localidad, que languidecían desde su fundación en el siglo XVI por doña Magdalena de Ulloa, fue el P. Francisco Javier de Idiáquez quien consiguió el traslado a la misma del P. Petisco y montar una imprenta con caracteres griegos, con la cual, aunque en proporciones modestas, se reanudó la producción editorial interrumpida desde el siglo XVI». Otros datos los ofrece B. BARTOLOMÉ, «Las cátedras de gramática de los jesuitas en la corona de Aragón», *Hispania Sacra*, XXXIV (1982), pp. 389-448. Aquí alude a que la imprenta de Cervera y sobre todo la de Villagarcía de Campos publicaron muchos libros fundamentalmente para los colegios de los jesuitas, los cuales iban expurgados a fin de no dañar la moralidad de los jóvenes.

paso a su prestigio como escritor latino. Las ediciones del gran orador y filósofo romano son principalmente del siglo XVI. Tenemos así una edición anotada por Erasmo de los *Officia* (Lugduni, 1533, núm. 198), otra de sus *orationes* (Lugduni, 1539, núm. 199), y la tercera, una edición aldina de sus *opera* con comentario (*Mannucciorum commentariis illustrata*) realizada en Venecia en 1583 (núm. 196), publicación al parecer rara y buscada, cuyos ejemplares en buen estado son difíciles de hallar⁴¹. Una cuarta edición es del siglo XVIII realizada *ad usum Delphini* (Patavii, 1753⁴², núm. 197).

Los historiadores latinos están representados por César, *ex emendatione J. Scaligeri* (Lugduni, 1635⁴³, núm. 253); por Salustio, en texto latino y traducción castellana debida al parecer al Infante Don Gabriel y revisada por Francisco Pérez Bayer (Madrid, 1772, núm. 783); por Livio, del cual existen dos ediciones, una hecha en Lyon (1553, núm. 866) y otra *cum notis Joannis Clerici* (Venetiis, 1751, núm. 886); por Tácito en edición francesa de 1760 (núm. 884); y por Quinto Curcio Rufo (*De rebus gestis Alexandri Magni... Interpretatione et notis illustravit Michael Le Tellier a Societate Jesu*, Parisiis, 1678⁴⁴).

La importancia de la retórica como fundamento en la enseñanza humanística se manifiesta, aparte de por las *orationes*

⁴¹ Tomo este dato de J. A. INFANTES, *op. cit.*, p. 155. Más noticias ofrece J. Ch. BRUNET, *Manuel...*, t. II, Paris, 1861, col. 8: «Cette édition est formée de la reunion des différents vol. de Cicéron, imprimés par Aldo le jeune de 1578-83, et auxquels on a mis de nouveaux frontispices; on n'en recherche que les exempl. à la fois complets et bien conservés, ce qui est assez difficile à trouver [...] Voici l'ordre dans lequel sont rangées les parties de cette collection et la date de leur publication: *Rhetorica*, 1583, part. 1 et 2; *Orationes*, 1578 et 1579, part. 3, 4 et 5; *Epistolæ familiares*, 1579, part. 6; *Epistolæ ad Atticum*, etc., 1582, part. 7; *Philosophica*, 1583, part. 8 et 9; *De Officiis*, etc., 1581, part. 10.»

⁴² Pudiera tratarse de la edición debida a J. Oliveti, con notas de J. Facciolati (*adjectis ad oratorias partitiones nunc primum adnotationibus J. Facciolati, nonnullisque ejusdem lucubrationibus, ad philosophica illustranda*) que constaba de nueve volúmenes en 4º. Según J. Ch. BRUNET (*Manuel...*, t. II, Paris, 1861, col. 11) es «édition peu recherchée en France».

⁴³ Edición que, como refiere J. Ch. BRUNET (*Manuel...*, t. I, Paris, 1860, col. 1455), «est l'une des plus jolies et des plus rares de la collection des Elseviers; [...]».

⁴⁴ Buena edición que recibió varias reimpresiones en Londres realizadas en 8º. Cf. J. Ch. BRUNET, *Manuel...*, t. II, Paris, 1861, col. 449.

de Cicerón ya mencionadas, por la obra de Quintiliano, de la cual hay tres ediciones, todas del siglo XVIII. La primera de ellas, considerada de interés, aunque no sea la mejor obra de su editor P. Burmann, va junto a las *declamationes* de Calpurnio Flaco (Lugduni Batavorum, 1720⁴⁵, núm. 736); la siguiente es cinco años posterior y se debe al teólogo Claude Capperonnier, *regius Graecarum litterarum professor* (Parisiis, 1725⁴⁶, núm. 735); y la última es la anotada por el célebre profesor de París Charles Rollin (Parisiis, 1770, núm. 737). Aparte de estos autores se encuentran las muy recurridas antologías (*Selecta Latini sermonis exemplaria e scriptoribus probatissimis*), en este caso *ad christianae juventutis usum* (Lutetiae Parisiorum, 1777, núm. 194). La obra retórica de M. Aneo Séneca aparece junto con la filosófica de L. Aneo Séneca. De ambos autores la biblioteca conserva sendas ediciones, una fechada en París en 1607, después editada en 1619 y 1627⁴⁷ (núm. 799), y otra (Amstelodami, 1633⁴⁸, núm. 829) *ex ultima Andreae Schotti recensione* para la obra retórica de M. Aneo Séneca y *ex J. Lipsii emendatione*⁴⁹ para la obra filosófica de L. Aneo Séneca.

⁴⁵ De ella J. Ch. BRUNET (*Manuel...*, t. IV, Paris, 1863, col. 1026) dice: «Cette édition, dont les exempl. sont assez communs, mérite d'être recherchée, parce qu'elle renferme tout ce que les précédentes offrent de mieux, tant en préface qu'en notes et en variantes; ce n'est cependant pas le meilleur ouvrage de Burmann. Il faut y joindre l'opuscule intitulé: *P. Burmanni epistola ad Cl. Capperonnerium, de nova ejus Quintiliani de institutione oratoria editione*, Leidæ, 1726, in 4 [...]».

⁴⁶ Como comenta J. Ch. BRUNET (*Manuel...*, t. IV, Paris, 1863, col. 1026), «édition assez estimée, mais qui ne dispense point de celle de Burmann». Esta labor filológica le valió a Capperonnier una pensión de 800 libras concedida por el rey. Se debe subrayar que colaboró en el *Thesaurus linguae Latinae* de R. Estienne.

⁴⁷ Como confirma J. Ch. BRUNET (*Manuel...*, t. V, Paris, 1864, col. 276), «ces trois éditions ont l'avantage de renfermer en entier des notes qui ne se trouvent que par extraits dans l'édition *Variorum*, in-8».

⁴⁸ Quizás sea reedición de otra también de Justo Lipsio (Amstelodami, 1628). Cf. J. Ch. BRUNET, *Manuel...*, t. V, Paris, 1864, col. 276.

⁴⁹ Desde su edición de Séneca de 1605, Justo Lipsio intentó propiciar el conocimiento de la filosofía estoica, una filosofía que divulgaba el ideal del estoicismo cristiano. Para este aspecto cf. J. L. SANDER, *J. Lipsius, the Philosophy of the Renaissance Stoicism*, New York, 1955. Tomo estos datos de R. PFEIFFER, *Historia...*, p. 215.

Completan esta relación de autores en prosa dos ediciones de la *Historia Naturalis* de Plinio, una de 1633 (Lugduni Batavorum, núm. 730), y otra con notas de Jean Hardouin⁵⁰, (París, 1741⁵¹, núm. 703); la obras de Apuleyo (Parisiis, 1501⁵², núm. 38) y Petronio (Helenopoli, 1610, núm. 683); y una edición de Macrobio realizada en Londres (1694, núm. 535) *cum Isaaci Pontani, Joh. Meursii, Jac. Gronovii notis et animadversionibus*, que es una reimpresión del texto de la edición de 1670 (Lugduni Batavorum) «mais inférieure pour l'exécution typographique et la correction»⁵³.

Las composiciones de los poetas latinos conservadas en la biblioteca son igual de variadas que la de los escritores en prosa. Virgilio es el autor más privilegiado: existen tres ediciones de su obra, una de ellas con notas de Thomas Farnaby (Petavi [= Patavii], 1745⁵⁴, núm. 927); otra también anotada, aunque sin mención de autor (Parisiis, 1764⁵⁵, núm. 936); y la última realizada en Valencia en 1778 (núm. 927), reimpresa en 1795⁵⁶, *variis interpretibus et notis illustrata* y con traducción al castellano. En número de ediciones le siguen Lucano, con

⁵⁰ Cf. sobre este jesuita, R. PFEIFFER, *Historia...*, p. 229.

⁵¹ Se conoce de este autor una edición de Plinio, realizada en París en 1685, *ad usum Delphini* (al parecer una de las mejores de esta colección) y otra posterior de 1723. Cf. J. Ch. BRUNET, *Manuel...*, t. IV, París, 1863, col. 716.

⁵² Consta en J. Ch. BRUNET (*Manuel...*, t. I, París, 1860, col. 362) una edición de este autor realizada en Bolonia en 1500 con comentarios de Filippo Beroaldo, y reimpresa en Venecia en 1501.

⁵³ Cf. J. Ch. BRUNET, *Manuel...*, t. III, París, 1862, col. 1286.

⁵⁴ De Thomas Farnaby hay varias ediciones. Una de ellas, en 8º, data de 1634: *Publii Virgilii Maronis opera: Bucolica, Georgica, Æneis, notis marginalibus illustrata a Thoma Farnabio*. Londini, excudebat F. Kyngston, impensis R. Allot, 1634. Las ediciones siguientes (Amstelodami, ex officina Janssoniana, 1642; Amstelodami, typis J. Blaeau, 1650; y Amstelodami, apud H. Westenium, 1677) están en 12º, igual que la de Tavira. Cf. *Catalogue général de livres imprimés de la Bibliothèque Nationale*, Tome CCXII (Virgile-Vives), Imprimerie Nationale, París, 1972, cols. 81-82.

⁵⁵ Por las indicaciones que J. A. Infantes Florido ofrece de esta obra pudiera tratarse de la reimpresión de 1764 de los *P. Virgilii Maronis opera, cum notis brevioribus ad usum Scholarum*. [*P. Virgilii Maronis vita, auctore incerto*] Parisiis, apud Desaint et Saillant, 1748. Cf. *Catalogue général...*, ya cit., Tome CCXII (Virgile-Vives), Imprimerie Nationale, París, 1972, col. 101.

⁵⁶ Cf. J. Ch. BRUNET, *Manuel...*, t. V, París, 1864, col. 1309.

dos realizadas de la Farsalia, una en la que no se indica ni lugar ni año de impresión (núm. 521) y otra de J. H. Grotius y notas de Thomas Farnaby (Amstelodami, 1714⁵⁷, núm. 520); y Plauto, también con dos ediciones de sus obras, una de 1612 (núm. 700) y otra de 1759 (núm. 701), considerada ésta de las más bonitas de la colección de Barbou.

De los demás poetas, sólo conserva la biblioteca una impresión. Se encuentran los más representativos: desde las seis comedias de Terencio (Glasgae, 1742, núm. 836), y los satíricos Marcial, con notas de Thomas Farnaby (Amsterdami, 1644, núm. 557), y Juvenal (Lutetiae Parisiorum, 1747⁵⁸, núm. 486) seguramente sin la purga a que les sometía la censura inquisitorial en el Renacimiento, hasta los poetas indiscutibles en la enseñanza y objeto de imitación en los ejercicios de composición, como son Ovidio (*Opera quae extant*, Amstelodami, 1731, núm. 646) y Horacio (*Poemata cum commentariis Jo. Min Ellii*, Venetiae, 1745, núm. 432). También hay una bella edición⁵⁹ de Catulo, Tibulo y Propercio *cum recensioibus Josephi Escaligeri*⁶⁰, procedente de las prensas de R. Estienne (Lutetiae, 1577, núm. 180); y otras de Lucrecio (Lutetiae Parisiorum, 1754⁶¹, núm. 524) y de Claudiano (*ex emend. Nicol. Neinfi [=Heinsius*⁶²], Amstelodami, 1630, núm. 256).

⁵⁷ Consta en J. Ch. BRUNET (*Manuel...*, t. III, Paris, 1862, col. 1200) la edición de Grotius con notas de Farnaby de 1669 (Lugduni Batavorum).

⁵⁸ Descripción en *Catalogue général...*, t. LXXX (Just-Kemp-Welch), 1924, col. 197.

⁵⁹ Cf. J. Ch. BRUNET, *Manuel...*, t. I, Paris, 1860, col. 1679.

⁶⁰ José Justo Escalígero adquirió unos excelentes conocimientos de la lengua latina arcaica, los cuales aplicó a sus ediciones, entre las que destaca la que aquí se reseña de los elegíacos. De todas maneras parece que aquéllas no son un dechado de pulcritud, si hemos de creer a R. PFEIFFER (*Historia...*, p. 200), quien considera que «contienen enmiendas ingeniosas, pero también burdas equivocaciones»

⁶¹ Al parecer es una reimpresión de la edición de 1744 (Lutetiae Parisiorum) que según J. Ch. BRUNET (*Manuel...*, t. III, Paris, 1862, col. 1220) no contiene la parte *Proemium ad Lucretium* a la que sigue un *Glossarium Lucretianum*.

⁶² Fue hijo y a su vez discípulo de Daniel Heinsius (1580-1655). Según R. PFEIFFER (*Historia...*, p. 219) «mostró un auténtico sentido de la poesía en la selección de las variantes para sus numerosas ediciones de poetas latinos, desde Virgilio a Claudiano, que se convirtieron en el fundamento de todos los textos críticos posteriores. En este aspecto fue alabado, no sin razón, como "sospitator poetarum latinorum"».

De los trágicos latinos sólo atesora la biblioteca de Távira dos ediciones de Séneca⁶³, una sin fechar (Lugduni Batavorum, núm. 800), y otra *cum notis Georg. Joan. Vozii* (=Vossii), (Lugduni Batavorum, 1621, núm. 801).

Capítulo importante lo ocupan las *traducciones*. No habría que olvidar que el ejercicio de la misma era indispensable en la enseñanza de Gramática de la época —actividad que se sigue realizando aun hoy—, y la notada dificultad de muchos autores se vería seguramente aliviada cuando se accedía a estas versiones, las cuales por otro lado dan muestra del interés que existía entonces de acercar los clásicos a un mayor número de personas. Sin embargo, conviene recalcar que hay algunas traducciones, concretamente de autores griegos, que no fueron realizadas al castellano, sino al latín o a otra lengua romance. Ejemplos del primer caso lo ofrecen la versión latina de la obra de Platón debida a Marsilio Ficino (Lugduni, 1600, núm. 729), conocido platónico fervoroso, cuya primera edición fue impresa en 1482 antes del texto aldino de Musurus de 1513⁶⁴; y la versión de Antonio Bongiovanni de Libanio (Venetiis, 1754, núm. 514). En el segundo caso se encuentra la traducción de Plutarco al italiano por M. Ludovico Domenichi (Venetiis, 1587, núm. 705), quizás siguiendo la estela de las realizadas por el francés Jacques Amyot también

⁶³ Quizás la presencia de Séneca se deba a la defensa enaltecida que recibió de parte de algunos ilustrados enfrentados a quienes sólo consideraban la supremacía del teatro griego. Ejemplo de ello lo ofrece Gotthold Ephraim Lessing quien puso su empeño en explicar los grandes méritos de las tragedias senequianas que sus defectos suelen oscurecer. En concreto en su ensayo *Von den lateinischen Trauerpielen, welche unter dem Namen des Seneca bekannt sind*, publicado en *Theatralische Bibliothek*, arremete contra el jesuita Pierre Brumoy, quien atacaba al teatro latino para exaltar al griego. Cf. también al respecto G. HIGHET, *La tradición clásica. Influencias griegas y romanas en la literatura occidental*, trad. de A. Alatorre, t. II, FCE, México, 1986, p. 130, n. 25. En el caso de España quizás habría que tener en cuenta el aprecio de los ilustrados hacia el Siglo de Oro donde las tragedias de Séneca, como expone K. A. BLÜHER (*Séneca en España. Investigaciones sobre la recepción de Séneca en España desde el siglo XIII hasta el siglo XVII*, trad. de J. Conde, Gredos, Madrid, 1983, p. 318) tuvieron gran importancia en el resurgimiento del teatro renacentista.

⁶⁴ Cf. R. PFEIFFER, *Historia...*, p. 104.

de Plutarco (éste tradujo las *Vidas paralelas* en 1559 y los *Moralia* en 1572), que inauguraban así una época en la que los humanistas comenzaron a verter los textos clásicos en sus respectivas lenguas romances hasta el punto de que estas traducciones fueron consideradas posteriormente como parte fundamental de sus literaturas nacionales⁶⁵. De todas las maneras las versiones al castellano son más, y las hay tanto del griego como del latín, si bien el número de éstas es sensiblemente mayor.

Las traducciones del griego atienden a unos autores y unos géneros concretos. De los siglos XVI y XVII están, respectivamente, *La Ulyxea* de Homero traducida por el secretario Gonçalo Pérez (Anvers, 1556⁶⁶, núm. 431) y la afamada traducción que de Dioscórides hiciera el doctor Andrés de Laguna, corregida de los errores que tenía, según se indica, conforme al nuevo catálogo del Santo Oficio (Valencia, 1651⁶⁷, núm. 491). Las restantes versiones corresponden al siglo XVIII. De una misma fecha, 1778, participan la *Poética* de Aristóteles traducida al castellano por Alonso Ordoñez Seijas, cuya edición contiene, aparte del texto griego, la versión latina y las notas de Daniel Heinsius y del abad Batteux, traducidas estas últimas del francés por Casimiro Flórez Canseco (Madrid, núm. 60); y la versión del *Sueño de Luciano Samotatense que es la vida de Luciano y la tabla de Cebes, Philosopho tebano en griego y en español*, debida al mentado Casimiro Flórez Canseco (Madrid, núm. 167). Asimismo, se encuentran las obras de Jenofonte con el texto griego, y cuya traducción, debida en primer lugar al secretario Diego Gracián fue enmendada por Casimiro Flórez Canseco (Madrid, 1781, núm. 937).

⁶⁵ Cf. R. PFEIFFER, *Historia...*, p. 194.

⁶⁶ En esta edición se encuentran ya traducidos los 24 libros de la *Odissea*. Una sola reimpresión se hizo de la misma en Venecia, en 1562. Consta la existencia de una edición anterior (1550) que contenía 13 libros traducidos por el mismo autor: Cf. Th. S. BEARDSLEY, *Hispano-classical Translations Printed Between 1482 and 1699*, Duquesne University Press, Pennsylvania, 1970, p. 48, núm. 74.

⁶⁷ Reimpresión de otra realizada en Amberes de 1555. Cf. Th. S. BEARDSLEY, *op. cit.*, pp. 46-47, núm. 70.

Decía antes que algunas obras más se traducen del latín. No están autores cuya presencia era indiscutible en la enseñanza de la Gramática, como el propio Cicerón para la prosa, u Ovidio y Marcial para la parte poética⁶⁸. Tenemos así, para la prosa, las traducciones de los *Comentarios* de Cayo Julio César por fray Diego López de Toledo (s.l., s.a.⁶⁹, núm. 478) y de la *Historia natural* de Cayo Plinio Segundo por el licenciado Gerónimo de Huerta, médico y familiar del Santo Oficio de la Inquisición (Madrid, 1624⁷⁰, núm. 702). Resulta curioso encontrar a autores como Boecio de quien hay una traducción de su tratado *De la consolación* debido al Padre Fray Agustín López de la orden de San Bernardo y monje de nuestra Señora Santa María de Valbuena (Valladolid, 1604, núm. 128), o como Quinto Séptimo Florente Tertuliano, cuya *Apología contra los gentiles, en defensa de los cristianos* tradujo fray Pedro Manero (Madrid, 1657, núm. 539). En poesía están las conocidas traducciones de la *Eneida* de Virgilio realizada por Gregorio Hernández de Velasco (Toledo⁷¹, 1574, núm. 928), y de la *Ars poetica* (Madrid, 1777, núm. 457) y la primera sátira⁷² de Horacio, debidas a Tomás de Iriarte; amén de varias

⁶⁸ No cuento aquí a Quintiliano, que sí aparece, pero en traducción francesa realizada por el abate Nicolás Gédoyne (París, 1770, núm. 367).

⁶⁹ Th. S. BEARDSLEY (*op. cit.*, p. 271, núm. 15) señala una primera edición de esta traducción de César publicada en Toledo en 1598. El propio autor señala haber realizado esta traducción diecisiete años antes, esto es en 1481. Las siguientes reimpresiones fueron hechas en Alcalá, 1529; París, 1549; y Madrid, 1621.

⁷⁰ Esta edición es la tercera de una serie de traducciones de Plinio realizadas por de Huerta, serie que su autor completó en 1629 con la traducción del último libro de la *Historia Naturalis*. Por su parte, el impreso que posee Tavira contiene los libros I-XI. Cf. Th. S. BEARDSLEY, *op. cit.*, p. 79, núm. 161.

⁷¹ Octava impresión de esta obra a la que se ha añadido, según consta en la descripción que ofrece J.A. INFANTES FLORIDO (*op. cit.*, p. 266) otras: «Las dos Eglogas de Virgilio, Primera y Cuarta. El libro tredecimo de Mapheo Regio Poeta Landenese, intitulado, Suplemento de la Eneida de Virgilio. Una tabla que contiene la declaracion de los nombres propios, y vocablos, y lugares difficultosos esparcidos por toda la obra». Cf. asimismo Th. S. BEARDSLEY, *op. cit.*, pp. 52-53, núm. 91.

⁷² Se encuentra esta traducción en la obra que aparece con el nú-

comedias de Plauto, en concreto *Miles Gloriosus* y *Menaechmi* sin mención de su traductor⁷³ (Anvers, 1555, núm. 699) y Lucano traducido por Martín Laso de Oropesa (Burgos, 1588⁷⁴, núm. 519).

Todas las obras anteriores se ven completadas en la biblioteca de Tavira con un gran número de obras de autores cristianos⁷⁵

mero 458 del *Inventario* de Tavira titulada *Donde las dan las toman, diálogo jocoserio sobre la Traducción del Arte Poética de Horacio, que dio a luz D. Tomás de Iriarte, sobre la Impugnación que de aquella obra ha publicado D. Juan Joseph Lopez de Sedano al fin del Tomo IX del Parnaso Español; por el mismo D. Tomás de Iriarte: que con este motivo da también luz una Traducción en verso castellano de la primera Sátira de Horacio...* (Madrid, 1778).

⁷³ En efecto esta traducción ha suscitado algunas controversias dado que carece de mención de autor. De ello da cuenta Th. S. BEARDSLEY, *op. cit.*, p. 47, núm. 71: «A rather convincing case for the identification of the anonymous translator as Juan de Verzosa (1523-1574) is presented by Manuel Artigas, "Juan de Verzosa, traductor de Plauto", *Universidad*, II (1925), 25-29. Unfortunately Verzosa does not sufficiently elaborate a declaration made in one of his letters that "muchas cosas tengo assi de traducciones..." (*Epístolas*, ed. José López de Toro [Madrid, 1945], p. lxxv). In his prologue the translator invokes the "tradition" (cf. note 30) of *Amphitryon* by Pérez de Oliva and concludes that "no sería tiempo muy perdido exercitarme en estudio donde gastó sus horas una persona tan calificada como Oliva." He further confesses that the translation was hurriedly made during a brief stay in Lille and that "Algunas palabras y aun razones dejé de traducir y otras mudé; porque con mudarse la lengua no perudiesen los dichos de Plauto."» A renglón seguido se refiere Beardsley a que Peeters (debe tratarse de J. PEETERS-FONTAINAS, *Bibliographie des impressions espagnoles des Pays-Bas Méridionaux*, Nieuwkoop, 1965. 2 vols) asigna esta traducción, sin dar una explicación satisfactoria, a Agustín Zárate.

⁷⁴ El inventario de Esparza señala como fecha de esta traducción la de 1582, fecha inexacta y que a pie de página ya corrige J. A. Infantes Florido en 1588. Para otros datos cf. Th. S. BEARDSLEY, *op. cit.*, p. 33, núm. 33.

⁷⁵ Los autores cristianos que están en el inventario por orden de aparición son Cipriano (núm. 248), Cirilo (núm. 250), Epifanio (núm. 300), Jerónimo (núm. 375, con traducción del bachiller Juan de Molina), Gregorio Nacienceno (núm. 399), Gregorio Niseno (núm. 401), Hilario (número 420), Hipólito (núm. 421), Isidoro (núm. 453), Juan Damasceno (número 473), Juan Crisóstomo (núm. 474), Justino mártir (núm. 482), Lactancio (núm. 490), Pablo Manucio (núm. 544), Martín de León (núm. 560), Minucio Felix (núm. 590), Paciano (núm. 648, traducido al castellano por Vicente Noguera), Paulino (núm. 667), Próspero de Aquitania (núm. 724:

y de conocidos doctores de la Iglesia⁷⁶, y con textos de humanistas y florilegios⁷⁷, que datan especialmente del siglo xvi. No eran autores de uso ordinario en las clases de Gramática —sobre todo los cristianos dadas sus peculiares características formales— aunque no se debe pasar por alto que muchos aprendieron el poco latín que sabían con la lectura de textos patrísticos y, principalmente, de la Biblia de la cual encontramos el *Testamentum vetus ex versione setenta interpretum sub cura David Millii* (Amstelodami, 1725, núm. 840) y el *Novum Testamentum Graecum cum vulgata interpretatione latina* (s.l., s.a., núm. 625).

Entre los humanistas parece haber una predilección por los grandes ingenios de nuestro siglo de Oro y por los italianos. Ello no impide que encontremos también en la biblioteca de Távira las obras de Erasmo (núms. 302 a 306), autor que a buen seguro pululaba entre los isleños sin el temor inquisitorial de los primeros tiempos. Arias Montano es el humanista del que se conservan más impresos (núms. 41 a 58), seguramente por la importancia que tenía, como indica Infantes Florido, en la formación del clero ilustrado: salvo sus *Rhetoricorum libri quattuor* (Venetiae, 1798, núm. 53) el resto de las obras que consta de aquél es de índole sagrada. En cuantía de ediciones está también Fray Luis de Granada con obras relacionadas con la predicación: así sus *Conciones* (Olysiptone, 1575, núm. 394) y los *Libri sex Ecclesiasticae rhetoricae sive de ratione concionandi* (Valentiae, 1768, núm. 397). Tal interés se sigue observando en la obra del jesuita burgalés Juan Osorio, *Conciones de Sanctis* (Salmanticae, 1593, núm. 641), la cual

Poema contra los ingratos traducido en verso castellano por Joaquín Lorenzo Villanueva) y Tertuliano (núm. 841).

⁷⁶ Es el caso de Santo Tomás de Aquino, príncipe de la Escolástica, cuyas obras no faltaban en las bibliotecas de la época, y menos aún en las del clero. La consideración de la obra de aquél se deja ver en la biblioteca de Távira pues corresponden a ese autor las entradas que van desde el registro 851 al 858. Todas son ediciones del siglo xvii, excepto la última que es de 1586.

⁷⁷ Es el caso de F. CERDÁ Y RICO, *Clarorum hispanorum opuscula selecta et rariora, tum Latina, tum Hispana, magna ex parte primum in lucem edita...* (Madrid, 1781, núm. 187) y de los *Opuscula Mythologica, Physica et Ethica, graece et latine...* (Amstelodami, 1688, núm. 635).

debió tener cierta reputación en su tiempo pues es sabido que de la misma se hicieron ediciones en Lyon, París, Amberes, Colonia y Venecia, y un *Epítome* en tres volúmenes⁷⁸. También están, por orden de edición, los *De officio mariti liber unus* y *De institutione foeminae christianae libri tres* de Juan Luis Vives (Basileae, 1540, núm. 929), la *De naturae philosophia, seu de Platonis, et Aristotelis consensione...* (Parisiis, 1550, núm. 873) de Sebastián Fox Morcillo, la *Hymnorum recognitio* de Nebrija (Granatae, 1553, núm. 616), los *Commentaria in Andreae Alciati emblemata* (Lugduni, 1573, núm. 138) del Brocense y las *Institutiones Rhetoricae ex progymnasmati postissimum Aphthonii atque ex Hermogenis Arti dictatae* de Pedro Juan Núñez (Barcinone, 1578, núm. 626). Todas estas ediciones, como se puede comprobar, son del siglo XVI. Del siglo XVIII se conservan las cartas del Deán Martí (Amstelodami, 1738, número 559) y las *Obras sueltas* de Juan de Iriarte (Madrid, 1774, núm. 456).

Como se dijo, también reputados humanistas italianos ocupan las estanterías de la biblioteca. La erudición de algunos y la estimación de otros constituirían un seguro argumento para la adquisición de sus libros. Ambas causas pueden ser respuesta de la existencia de manuales esenciales en la enseñanza del latín como el *De elegantia linguae Latinae* de Lorenzo Valla (Compluti, s.a., núm. 500) y los *De causis linguae Latinae libri tredecim* de Julio César Escalígero (Lugduni, 1540, núm. 793); y de los *opera omnia y opuscula varia* de Lorenzo Valla (núm. 499), de «Poggius Florentinus orator» (Poggio Bracciolini) (núm. 708) y de Angelo Poliziano (núm. 709).

Para la enseñanza de la *Gramática* (tantos en Rudimentos como en los grados siguientes) existen en la biblioteca de Tavira unos textos⁷⁹ que trascienden el marco localista que

⁷⁸ Cf. P. RIBADENEIRA, *Bibliotheca Scriptorum Societatis Iesu*, Romae, 1676 (ed. facsímil, Gregg International Publisher, 1969), p. 484.

⁷⁹ Prescindo en esta relación de la obra *Joannis Clerici, ars critica, in qua ad studia linguarum Latinae, Graecae, et Hebraicae via munitur, veterumque emendandorum, et spuriorum scriptorum a genuinis dignoscendorum ratio traditur* (Amstelodami, 1697, núm. 205) que es una miscelánea para el estudio de las lenguas latina, hebrea y griega.

impuso el uso en los territorios de España, hasta en el siglo XVIII, de las *Introductiones Latinae* de Antonio de Nebrija. En efecto, esta obra no aparece en el inventario y sí otras cuyos autores son todos extranjeros, exceptuando la *Gramática Latina* del ya mencionado Juan de Iriarte (Madrid, 1771, núm. 455), que algunas voces isleñas en sendas propuestas metodológicas habían encumbrado⁸⁰, y la *Gramática Griega* del carmelita calzado y profesor de Griego de Salamanca, Bernardo Agustín de Zamora (Madrid, 1771, núm. 940). A través de tales compendios queda patente el carácter cosmopolita de la biblioteca del prelado, encontrándonos mayormente con ediciones del siglo XVI. Entre las dedicadas a la lengua griega se hallan las *Grammaticae institutiones*⁸¹ de Urbanus Bolzan(i)us Bellunensis (Venetiae, 1570, núm. 126); las *Institutiones absolutissimae in Graecam linguam. Item annotationes in nominum, verborumque difficultates. Investigatio thematis in verbis anomalis* de Nicolaeus Clenardus (Lugduni, 1564, núm. 204), manual que fue junto a la gramática hebrea publicada por el mismo humanista texto acreditado en las universidades; y dos gramáticas griegas de inmigrantes helenos que enseñaron griego en Italia a finales del siglo XV: los *Exotemata*

⁸⁰ Es el caso de J. Martínez de Fuentes, quien a petición de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife, realizó un plan y método para la puesta en marcha del estudio de Gramática de La Laguna. Dicho plan se incluye como apéndice documental (pp. 303-310) en F. SALAS SALGADO, «La Real Sociedad Económica de La Laguna y el estudio municipal de gramática a fines del reinado de Carlos III (1777-1790)», *Fortunatae*, 4 (1992), pp. 291-312.

⁸¹ Datos sobre este franciscano los refiere J. A. FABRICIUS, *Bibliotheca Graeca sive notitia scriptorum veterum Graecorum quorumcumque monumenta integra aut fragmenta edita exstant...* (Hamburgi, apud Carolum Ernestum Bohn, 1798), ed. facsímil, t. VI, Georg Olms Verslagsbuchhandlung, Hildesheim, 1966, pp. 224-295, en nota: «Hic est Vrbanus Bolzanius, Valerianus Bellunensis, Minorita siue Franciscanus, Leonis X praeceptor defunctus A.C. 1526 aetat. 84 quem in re tenui non paruum felicitatis humanae exemplum celebrat Pierius Valerianus de infelicitate litteratorum libro secundo. Videndus etiam de eo Vossius in Aristarcho lib. I, cap. 4, Lucas Waddingius in scriptoribus Ord. Minorum pag. 331 et auctores Ephemeridum litterariarum Italiae (Giornale de letterati d'Italia) tom. 3, pag. 43 seq.».

(= *Erotemata*) *Graeca* (s.l., s.a., núm. 195) de Manuel Crisoloras⁸², y la *Grammatica Graeca et Latina* de Constantino Lascaris (Venetiae, 1557, núm. 388). Sólo de 1756 (Patavii, núm. 390) es la *Grammatica Graeca Seminarii Patavini*, la conocida gramática del Seminario de Padua⁸³.

Tres son las gramáticas que restan, dedicadas ahora a la lengua latina, y las tres del siglo XVI. En orden de edición son los *Introductionis Grammaticae libri IV* de Teodoro Gaza (Basileae, 1523, núm. 366), gramática que al parecer también tuvo un uso generalizado en la enseñanza de esta lengua⁸⁴; el *De arte grammatica* del gramático del siglo IV d.C., Flavio Sosipatro Carisio (Basileae 1551, núm. 818), y *De structura Latini sermonis* del médico y humanista Tomás Linacre (Parisii, 1583, núm. 515), cuya primera edición data de 1524, y que ejerció alguna influencia en gramáticas posteriores⁸⁵.

⁸² Esta gramática se basó fundamentalmente en la *Téchne grammatiké* de Dionisio Tracio. Estaba formada por preguntas y respuestas en griego y en latín. Comienza con el «Padre nuestro» y el «Ave María», continúa con la exposición del alfabeto, y poco a poco se introduce en el estudio de la lengua. Fue una obra muy usada en el siglo XV tanto en la forma como la compuso su autor, como en compendios. Cf. R. PFEIFFER, *Historia...*, p. 96.

⁸³ Tuvo al parecer importancia esta gramática en la enseñanza superior de la lengua griega. Por poner un ejemplo, fue recomendada como texto obligatorio en la Universidad de Valencia en el siglo XVIII. Cf. L. ESTEBAN, «Textos, impresores, correctores y libreros en la Universidad de Valencia a finales del siglo XVIII (1778-1802)», en *Universidades Españolas y Americanas*, Generalitat de Valencia, Comissió per al V^e Centenari del Descobriment d'America, Valencia, 1987, p. 110.

⁸⁴ Cf. C. DEMAIZIERE, «Une contrainte de l'article chez les grammairiens français du XVI^e siècle», en I. ROSIER (ed.), *L'héritage des grammairiens latins de l'Antiquité aux Lumières. Actes du Colloque de Chantilly (2-4 septembre 1987)*, Paris, 1988, p. 330. Teodoro Gaza fue un humanista bizantino, cuya gramática en cuatro libros, titulada *Grammatikè eisagogé*, fue publicada con traducción latina, empresa en la que colaboró parcialmente Erasmo.

⁸⁵ Es el caso del *De causis linguae Latinae* (1540) de Julio César Escalígero, como ha estudiado P. LARDET, «Scaliger lecteur de Linacre», en I. ROSIER (ed.), *L'héritage...*, ya cit., pp. 303-323. Sobre Linacre y su gramática, cf. F. MADDISON, M. PELLING, Ch. WEBSTER (eds.), *Essays on the Life and Work of Thomas Linacre c. 1460-1524*, Oxford, Clarendon Press, 1977; y J. KRISTIAN, «*De emendata structura latini sermonis*: The Latin Grammar

Pareja a la Gramática iba en la enseñanza de Humanidades el estudio de la Retórica. Evidentemente, no sólo la lectura y la imitación de las diversas obras de los rétores latinos servían para el aprendizaje de esta disciplina, sino que muchos manuales ayudaron a este menester. Se intentaba, con ello, una mejor adecuación de los discursos a los modelos clásicos, formando al mismo tiempo buenos oradores. No es de extrañar que existan en ese sentido obras relacionadas con esto último como la de Nicolás de Grouchy, *Preceptiones Dialecticae* (Lutetiae, 1552, núm. 402). Destacan, sin embargo, por lo conocidas y utilizadas que fueron, *De elegantia linguae Latinae cum emendatione Jo. Raenerii* de Lorenzo Valla (Compluti, s.a, núm. 500) y las retóricas bizantinas de Trapezuncio (*Rhetorica*, París, 1532, núm. 877) y de Hermógenes (*Ars oratoria absolutissima*, Genevae, 1614, núm. 418), ésta en versión latina de Gaspar Laurent. Del siglo XVIII data el resto de manuales editados. Uno es del jesuita José Juvencio (*De ratione dicendi et docendi*, Parisiis, 1711, núm. 484) pensado especialmente para los maestros de la escuelas inferiores; el otro es una miscelánea (*Rhetores antiqui Latini e Francisci Pithoei biblioteca olim edidi*, editado y anotado por Claude Capperonnier, Argentorati, 1756, núm. 752), y el último es la obra de Gerardo Juan Vossio, *Rhetorices contractae, sive Partitionum Oratoriarum libri quinque* acompañada de un comentario sobre los principales rétores hispanos de Francisco Cerdá y Rico⁸⁶ (Matriti, 1781, núm. 932).

Las otras obras que componen la biblioteca del obispo tienen un carácter más práctico, y se pueden encuadrar dentro de lo que modernamente se ha dado en llamar *instrumenta philologica*. Fueron publicadas en su mayor parte en el siglo XVIII. Están desde los conocidos repertorios bibliográficos de J. A. Fabricius (núms. 329, 330, 332 y 333) especialmente

of Thomas Linacre», *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, 49 (1986), pp. 106-125.

⁸⁶ Según puntualiza F. AGUILAR PIÑAL (*Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*, t. II [C-CH], CSIC, Instituto «Miguel de Cervantes», Madrid, 1983, p 337) «las adiciones de Cerdá ocupan casi la mitad del texto y constituyen un índice biográfico y bibliográfico de los retóricos españoles».

su *Bibliotheca Latina* y su *Bibliotheca Graeca*, hasta métodos para el aprendizaje de las lenguas clásicas⁸⁷, pasando por diccionarios, entre los que destaca la Suidas (núm. 828), útil léxico bizantino necesario para la literatura y otros campos de la cultura y lengua griegas; y los *Thesaurus linguae Latinae* y *Thesaurus linguae Graecae* de Robert y Henry Estienne (núms. 760 y 847, respectivamente). Otros tratados ya tocan temas relacionados con labores propiamente filológicas, como comentarios a autores clásicos (núms. 537 y 813); son recopilaciones, caso de los *Aphorismos sacados de la historia de Publio Cornelio Tácito... por Benito Arias Montano* (Barcelona, 1614, núm. 40); o desarrollan temas de cultura y civilización, como los que realizó Charles Rollin⁸⁸.

V. De todo lo dicho hasta aquí cabe exponer ciertas reflexiones que permitan apreciar y contextualizar el fondo bibliográfico reseñado en el marco general de los estudios de Humanidades (fundamentalmente de los estudios de Gramática) del siglo XVIII. Aunque no se deba olvidar que dichos libros responden igualmente a los gustos personales en materia de lectura de quien los poseía, sin embargo, no por ello dejan de ser sintomáticos del ambiente cultural que circundaba.

En efecto, en esos momentos parece que la política cultural dejó de hacer remilgos y abandonó la negligencia del siglo anterior tan poco beneficiosa para el desarrollo normal de nuestro Humanismo. La dinastía de los Borbones vino a propiciar un cambio en las mentalidades, no sólo del clero y de la alta nobleza, sino también de los propios individuos e instituciones que ven como empiezan a gestarse sus librerías o

⁸⁷ Están los siguientes: Fr. Miguel Azero, *Nuevo methodo para aprender facilmente la lengua Griega* (Madrid, 1776, núm. 88); y los franceses *Methode Nouvelle pour apprendre la Langue Latine* (Paris, 1736, núm. 588) y *Methode Nouvelle pour apprendre la Langue Grecque* (Paris, 1754, núm. 597).

⁸⁸ Me refiero a *Histoire ancienne des Égyptiens, des Carthaginois, des Assyriens, Babyloniens, des Mèdes et des Perses, des Macédoniens, des Grecs* (Paris, 1764-1773, núm. 764) y, en especial, a *Histoire Romaine* (Paris, 1739, núm. 765).

en su caso a recomponerse⁸⁹. Muchas de ellas son muestra de esto. Quizás la más preclara sea la biblioteca que formó el célebre humanista valenciano Gregorio Mayans y Siscar, de la cual el mismo publicó en Hannover un catálogo, en 1753, con el título *Specimen bibliothecae Hispano-majansiana*. Pero hay más ejemplos de bibliofilia. En este sentido no se deben olvidar las bibliotecas de Jovellanos, de Campomanes, de eruditos como Feijoo, Sarmiento o Flórez; de políticos como Gálvez, Bruna u Olavide, y otros muchos. F. Aguilar Piñal que ha estudiado bien la biblioteca de Jovellanos ha venido de alguna forma a garantizar la presencia, en porcentaje, de las obras latinas, después de las castellanas y francesas y antes de las inglesas, italianas y portuguesas⁹⁰, hecho nada extraño en un momento cultural donde existía una imagen idealizada del Siglo de Oro español. Pero no debe pasar por alto que todavía en aquellos momentos el conocimiento de las lenguas clásicas era el paso previo hacia otras disciplinas cuyo estudio estaba mejor valorado, aunque esta circunstancia no es propia de este siglo sino heredada de las centurias anteriores. Era, como indica A. Domínguez Ortiz, «proporcionar el dominio de la lengua del Lacio a los futuros sacerdotes, médicos y juristas»⁹¹. Se sumaba a todo esto el que la pugna entre latín y romance de épocas pretéritas se había recrudecido por momentos, cuya pretensión última no era otra sino adueñarse de los manuales fundamentalmente científicos. Tal cúmulo de contrariedades vino a complicar el normal desarrollo de los estudios de Latinidad, aunque bien pensado era algo lógico que provenía del mayor grado de secularización de la cultura. De todas formas también es verdad que los estudios de Gramática se vieron favorecidos con el decreto oficial de 11 de septiembre de 1735 que ordenaba el mantenimiento del latín como idioma coloquial en las universidades españolas; y más tarde, con la concesión en tiempos de Carlos III del título y

⁸⁹ Remito para otros datos al capítulo «Las Bibliotecas» de L. GIL, *op. cit.*, pp. 704-724.

⁹⁰ Cf. F. AGUILAR PIÑAL, *La biblioteca de Jovellanos*, CSIC, Madrid, 1984.

⁹¹ A. DOMÍNGUEZ ORTIZ, *op. cit.*, p. 172.

privilegio de Real a la Academia que, en Madrid, establecieron los preceptores de Latinidad⁹².

Con relación a la biblioteca de Tavira no se puede afirmar que el porcentaje de obras relacionadas anteriormente, que tienen que ver con la enseñanza humanística, sea realmente ingente. Si hacemos balance de ellas, ocupan aproximadamente menos de un tercio del total de la biblioteca (recuerdo que el total de libros que aparece en el inventario es de 959 obras). Sin embargo las ediciones de autores clásicos grecolatinos, humanistas, manuales de gramática, etc., dejan constancia, como se ha podido comprobar, de una gran riqueza. No sólo muchas son primeras ediciones, sino también otras están consideradas verdaderas joyas bibliográficas, sea por su rareza y por la dificultad de encontrarlas, como por el gran cuidado con que fueron realizadas.

Otra cuestión es la selección de autores que se nos presenta en la biblioteca de Tavira. En realidad salvo contadas excepciones, que luego se verán, se puede considerar la misma heredera de la tradición docente en dicha materia. Al cuestionarse los ilustrados la utilidad de las lenguas clásicas, y si el Estado debía proteger y en qué forma estos estudios, propusieron para ello la realización de unas estadísticas sobre el número de escuelas de Gramática y la calidad de las mismas, a fin de acometer posteriormente una actividad legislativa. Los planes de estudio que envían las juntas municipales daban cuenta de la repetición de los esquemas jesuíticos⁹³. La renovación en los estudios de Gramática fue a incidir fundamentalmente en los métodos de enseñanza (continuaba existiendo en muchos lugares la gramática de Nebrija) y en la implantación de preceptivas o manuales al estilo de los realizados para otros idiomas (pensemos en Luzán para el castellano, Boileau para el francés o Muratori para el italiano). Atendiendo a lo

⁹² Cf. F. AGUILAR PIÑAL, «La Real Academia Latina Matritense en los planes de la Ilustración», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, III (1968), pp. 183-217.

⁹³ Cf. B. BARTOLOMÉ, «Las escuelas de gramática», en *Historia de la educación en España y América. La educación en la España moderna (Siglos XVI-XVIII)*, Ediciones SM-Ediciones Morata, 1993, pp. 813-820.

primero no puedo afirmar que la biblioteca de Tavira se inspire en la selección de autores propuesto por la Compañía, más bien es fruto del compromiso intelectual de su poseedor y de las circunstancias, si bien no se puede olvidar la preeminencia que durante todo este tiempo había tenido la *Ratio studiorum* como modelo de enseñanza⁹⁴: la recomendación de Tavira, realizada para el Seminario Conciliar de Canarias, del plan de los Reales Estudios de la Corte, institución heredera del Colegio Imperial de Madrid⁹⁵, evidencia que el obispo no hacía aspavientos a este respecto. Evidentemente, pese al afán de renovación que vemos que dominó en muchas mentes ilustradas, la situación en cuanto a textos demuestra una actitud repetitiva de las bibliotecas del siglo XVI. Por poner sólo un ejemplo fijémonos en la relación de libros de Antonio Jolis

⁹⁴ Erasmo, Vives, Cicerón, Terencio, Virgilio, César, Ovidio, Marcial o Quintiliano eran autores que se utilizaban, por este orden (cf. L. GIL, *op. cit.*, p. 171, n. 19) en los colegios de jesuitas. Puede comprobarse cómo la biblioteca de Tavira no carece de las obras de aquéllos. Pero no por ello se debiera tildar sin más a la misma de calcar los moldes de la Compañía en este terreno, máxime cuando Tavira fue tachado de jansenista y éstos, como señaló hace tiempo M. MENÉNDEZ PELAYO (*Historia de los heterodoxos españoles*, t. II, BAC, Madrid, 1987, pp. 410-477) no hacían migas con los jesuitas. De todas formas un hecho a destacar es que en la relación que se tiene de la biblioteca (como ya se ha dicho del año 1791) no hay señal alguna de desdén hacia la labor de aquéllos, pues no sólo hay obras de autores de la Orden ignaciana, sino también, todo lo contrario, carece la biblioteca de contundentes libelos como era el *Verdadero método de enseñar* (1746) de Antonio Verney, «el Barbadiño», donde se criticaba abiertamente los métodos jesuíticos de enseñar la teología, artes y humanidades, y se pedía la renovación del sistema y modo de educar.

⁹⁵ Una vez que se produjo la expulsión de la Compañía de Jesús de los territorios de España, sus colegios fueron destinados a funciones diversas, terminando algunos vencidos por la ruina y el abandono. Unos pocos renovaron su actividad docente como fue el caso del Colegio Imperial de Madrid, transformado en los Reales Estudios de San Isidro, cuyas cátedras fueron cubiertas por oposición. Cf. para más información, J. SIMÓN DÍAZ, *Historia del Colegio Imperial*, Madrid, 1952 y 1959; B. BARTOLOMÉ MARTÍNEZ, «Las escuelas de gramática del Colegio Imperial de Madrid durante el siglo XVII», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XVII (1980), pp. 1-21; y A. MIGUEL ALONSO, «La biblioteca de los Reales Estudios de San Isidro», *Villa de Madrid*, 25 (1987), 1, pp. 45-62

profesor de lenguas clásicas de la Universidad de Barcelona a finales del siglo XVI que apunta A. Mestre:

Jolis posee todos los libros de clásicos imaginables, especialmente de Cicerón del que posee 69 títulos, muchos de los cuales aparecen con los comentarios de los humanistas (Paulo Manuzio o Palmireno). Pero en el inventario aparecen la mayoría: Catón, Esopo, Horacio, Marcial, Virgilio, Ovidio, Mela, Cornelio Nepote... Sin embargo, falta Julio César. Si a los clásicos latinos añadimos los escritores griegos (Aristóteles, Aristófanes, Isócrates, Homero, Eurípides o Luciano de Samosata) y los Santos Padres (aunque no se encuentre san Agustín) y los humanistas extranjeros (Erasmus, Lorenzo Valla o Giovanni Pontano) y españoles (Pedro Juan Núñez, Miquel Jerónimo Ledesma o Andrés Sempere) podemos hacernos una idea de la biblioteca de un catedrático de lenguas clásicas en la segunda mitad del XVI, puesto que Jolis murió en 1600⁹⁶.

En efecto, *mutatis mutandis*, prácticamente están todos estos autores en la biblioteca de Tavira, aunque la cita de A. Mestre para los autores latinos demuestra estar incompleta. Sólo unas pocas obras, como la *Gramática Latina* de Juan de Iriarte, no exenta sin embargo de críticas, aunque eso sí escrita ya en castellano, y ciertos manuales franceses venían a dotar a la biblioteca de nuestro prelado de algún espíritu renovador. En este sentido, un hecho a destacar es que no se encuentren las *Introductiones Latinae* de Nebrija, manual abiertamente atacado por los ilustrados.

Queda manifiesto, en definitiva, el alcance de la biblioteca del que fuera capellán de honor de Su Majestad en el terreno que aquí he pretendido abordar. Las magníficas ediciones, las materias y los autores encontrados demuestran su inquietud —¿quizás colectiva?— por la buena formación en unas disciplinas que se vieron en progresivo declive en un momento en que parece existir una mayor conexión cultural con Europa:

⁹⁶ A. MESTRE, «Las bibliotecas universitarias en el siglo XVIII: la aportación de los profesores», en *Ex-libris Vniversitatis. El Patrimonio de las Bibliotecas Universitarias españolas*, Santiago, 2000, p. 98.

puede observarse a este respecto que las obras editadas en España son escasas. Sin embargo, no se olvide que una idea más precisa de la aceptación de los estudios de humanidades en las Islas lo dan las bibliotecas que se formaron en suelo isleño. Su localización y estudio posterior serviría para aclarar, puesto que se parte de una realidad circundante y no importada, muchos de los asertos hechos anteriormente, ahora que, como señala R. Chartier, «el estudio de los objetos impresos y de aquellos y aquellas que los escribieron y fabricaron, que los vendieron o los compraron, que los descifraron y los manipularon (autores, editores, impresores, libreros, merceros, lectores, etc.) constituye un recurso esencial para pensar de manera nueva la relación entre los textos, las formas que los ofrecen a la lectura y los usos o las interpretaciones que los dotan de sentido»⁹⁷.

⁹⁷ R. CHARTIER, *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, trad. de M. Armiño, Alianza Editorial, Madrid, 1993, p. 9.